

do que el olor del tequila era más suave que el olor á muerto.

No obstante, Toño y un viejecito septuagenario resolvieron agregarse al cortejo, y, con paso no muy seguro, la mirada extraviada, uniéronse á las dichareras comadres.

Chano, cuando vió al triste grupo, que desaparecía á lo lejos, envuelto en nubes de polvo que doraba el sol, se introdujo de nuevo en su habitual morada, sentóse ante una mesa, y dando una palmada, exclamó con tono filosófico:

—¡Medio cuartillo, tío Pedrol. . . . Más vale emborracharse que ver miserias.

—Pero, hombre,—gritó un camarada,—es que anoche no te negaste á ver de cerca esas miserias.

Chano, clavando los ojos en su interlocutor, respondió lentamente, después de dar un sorbo que se perdió en su garganta con sonoro glu-glu:

—¡Ah! es clara la respuesta: anoche había aguardiente y ahora no lo darán en el cementerio.

El río, cuya avenida había sido acrecentada por las lluvias incesantes, corría lenta-

mente, en su lecho de arenas finísimas, lanzando pequeñas burbujas irisadas al chocar contra los guijarros. Las plantas acuáticas crecían á la orilla, inclinando hacia la corriente sus verdes hojas sombrías.—En ambas riberas, las mujeres lavaban, con el cuerpo casi doblado sobre las resbaladizas piedras, los morenos brazos al sol, cubiertos de nivea espuma, las caderas salientes, provocativas, que ondulaban con movimiento rítmico. Las ropas ya limpias, blanqueaban sobre los jarales, que semejantes á islas color de esmeralda, destacábanse del plomizo mar de arena.

Bonifacio, con el féretro en brazos, pasó el estrecho puente de madera: tras de él, siguieron los dolientes.

Al posar sus plantas sobre la ribera, dolorosa fué la impresión que recibió.

Punzantes, angustiosos, por el contraste que ofrecían con su situación actual, asaltaron su mente los recuerdos: se vió joven, virgen, hermosa, de todos deseada, marchando tras del asno cargado de legumbres y de flores, camino del mercado, por la mañana,

cuando el astro radiante asomaba su faz por el horizonte intensamente azul, de primavera.

Todo había acabado ya: juventud, honra, belleza, deseos: tan sólo restaba el huerto silencioso y triste, la remembranza de un amor infausto, los despojos de un querido niño. Y su alma envejecida parecía estar en connubio con la naturaleza muerta, que sólo ofrecía la ruina de sus frondas, la desnudez de sus troncos, la ausencia de sus flores; y sentía que las lágrimas la empañaban los ojos, y se tapaba el rostro con el delantal sucio y raído, ante las miradas curiosas de aguadores y lavanderas, que veían el desfile de aquel grupo, en el silencio de la tarde invernal.

Y siguieron por las calles de la ciudad, estrechas, desempedradas, en donde á veces se oía el ruido de un yunque, el gemir de la sierra del carpintero, ó el taconeo de algún paseante; por las plazuelas solitarias, en donde se alzaba la barraca de algún zapatero de viejo ó vendedor de fierros enmohecidos, y crecía en abundancia la yerba parásita.

La fachada ruinosa del cementerio se divisó en lontananza, negruzca, fatídica, teniendo por fondo el azul del firmamento.

Esperaron en los poyos húmedos que estaban á los lados de la entrada, en tanto venía el sepulturero.

Apareció. Era un viejo como de cincuenta años, miserablemente vestido, calvo, de mirada hosca, de amarillos dientes, alto y enjuto.

Les invitó á entrar.

La puerta rechinó sobre sus viejos goznes, y la beatitud sombría de la morada de los muertos, fué turbada por la comitiva que avanzaba.

Diseminadas, sin orden ni concierto, en el ancho campo que invadía la yerba, las tumbas infundían en el alma un profundo sentimiento de tristeza.

La luz pálida del sol, que en la calma solemne de la tarde descendía al ocaso, las iluminaba. Las había humildes y suntuosas, bellas y feas; sobre algunas,—muy pocas,—lucía el mármol su blancura de enfermo; otras eran de cantera rosa que resplandecía, ó de ladrillo cuyo tono rojo contrastaba con

el aspecto luctuoso del lugar; las más, no ofrecían á los ojos del visitante otra riqueza que una simple cruz, blanca en una época, ahora ennegrecida por el tiempo, que se elevaba sobre un cuadrado de terreno, á ras del suelo.

¡Y de cuántas lágrimas, de cuántas quejas, de cuántas palpitaciones del dolor, habían sido testigos aquellas tumbas!

Sombreadaban los sepulcros altos cipreses, de un verdor fúnebre; eran los mudos guardianes de las mansiones postreras, los que parecían imponer el respeto y el silencio en la casa de los muertos.

Caminaban, caminaban á paso lento por la calleja herbosa, precedidos del sepulturero que llevaba al hombro la metálica pala en la que el sol producía vivos centelleos.

Detuviéronse ante una fosa, en un rincón del cementerio que poblaban lujuriosas yerbas: ahí descansarían el niño eternamente.

Se rezaron las oraciones de estilo, y las cuerdas fueron liadas en ambos extremos del diminuto féretro, que descendió, hasta tocar el fondo.

La madre lo vió todo con ojos extraviados: quería sollozar y no podía; quería gritar, y un nudo le ataba la garganta; quería impedir la total desaparición, y las piernas le flaqueaban, y convulso temblor adormecía sus brazos.

Al caer sobre la caja la primera paletada, un ruido siniestro hirió su oído. Pasó un instante. El enterrador continuaba su tarea, sereno, imperturbable, manejando la pala con la precisión de una máquina.

Todo terminó. El agujero negro hubo de tragarse por fin el enflaquecido cuerpecito del bebé; el terreno tornata á ser plano.

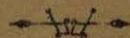
Un labriego clavó en el suelo un carrizo verde, á guisa de señal.

Rosario miró al tío: delgado hilo de lágrimas humedecía sus mejillas pálidas y extenuadas. Cogió una de sus manos, y los dos, instintivamente, alzaron los ojos al cielo.

Del poniente, ascendía una inmensa onda de oro, que teñía el cielo purpurino de suave matiz.

Una campana sonaba á lo lejos.

Era la agonía del sol, la muerte de la tarde





XIII

Reinaba la primavera. Los árboles, que en los comienzos de la estación ostentaban sus nuevos brotes, lucían ahora la pompa de sus follajes exuberantes, que como inmensas liras, entonaban amorosos cantos al recibir el beso voluptuoso de las auras: corrían las acequias, las eternas fecundadoras, mansamente, sin ruido, semejantes á tiernas madres silenciosas. Toda la infinita variedad de flores hijas de la huerta, impregnaba el ambiente de acariciadores perfumes: ya era la violeta, la dulce predilecta de los amantes; ya el clavel de colores vivos como labios de mujer, ya la clásica rosa, la que las huertanas mostraban cual emblema de belle-

za sobre sus pechos mórbidos, balanceados por suave ritmo; los pensamientos, de pétalos oscuros; los heliotropos diminutos, las clemátides, las begonias, las margaritas de color lacteo.

Mares de verdura rizaba el aire, débilmente, y las hortalizas, y los árboles frutales, ostentaban sus riquezas, que los campesinos veían con ojos ávidos, llenos de codicia.

En la fértil vega, prevalecían los pájaros, los conquistadores que hacían resaltar más la hermosura de la naturaleza con sus trinos: los gorriones, los delicados pilluelos de alitas grises, travesaban por azoteas y sementeras lanzando jubilosos gorjeos; los colibríes, disputaban á las flores la suntuosidad del color, haciendo gala de su plumaje vistoso; picoteaban los carpinteros en los troncos agrietados y cubiertos de musgo; los zentzontles esparcían por el espacio la melodía dulcísima de sus cantos, y mil pajarillos pequeños saltaban por entre arbustos y matas, escondíanse en las profundidades de la fronda, con píos débiles, apenas perceptibles, que contribuían á la gran armonía de la huerta.

Y un cielo de azul tenue, en el cual resplandecía claro sol, lo cubría todo.

En primavera, la huerta animábase más que nunca: los campesinos miraban con ojos satisfechos la tierra y el cielo, que habían tornado á ser hermosos y buenos: la una, despojándose de sus hojas secas, el otro de sus nieblas.

Por las mañanas, antes de la salida del sol, huertanas y mozos, viejos y niños, marchaban por la carretera, arreando á los burros ó llevando á cuestras las legumbres, las flores ó frutas que más tarde venderían en el mercado.

En sus rostros se pintaba la alegría de la estación florida: era un charloteo continuo, una cascada de risas argentinas, la que brotaba de los labios rojos como granadas maduras.

—¡Buenos días, Paula!

—Refugio, ¡si tienes los ojos hinchados de tanto dormir!

—¿Cómo va la yedra?

—¿Ya hay campanillas azules?

—¿Y las flores, son bonitas? ¿Se venderán bien?

Y mezclaban en sus frases chanzonetas subidas de color, coreadas por una infinidad de carcajadas, que se perdían en los follajes en que brillaba el rocío.

A menudo, deteníanse á conversar con alguna amiga que asomaba á la puerta de un huerto; perdían el tiempo, y al reflexionarlo, despedíanse precipitadas, corriendo luego por mitad del camino, moviendo las caderas de redondeces divinas, sudorosas, con las mejillas coloreadas por leve rubor.

Sólo una no participaba de sus placeres y de sus risas: arreando al asno, con el cesto de flores al brazo, pensativa, iba por la orilla del camino, junto á las tapias coronadas por las ramas.

Sus compañeras apenas hablaban. Cuando más, atrevíanse á darle los buenos días, osando á veces dirigirla alguna pregunta maliciosa.

Rosario comprendía perfectamente que ahora ya no ocupaba el lugar de antes. Estaba deshonrada, no era hipócrita para dejar de confesarlo: mas su espíritu rebelábase al considerar que la gran mayoría de aquellas mozas, era de cortesanas rústicas

tenidas por doncellas, que no se oponían á dormir en la paja con los hombres, que escapaban con sus novios por las noches, y que no negaban pequeños favorcillos á los jóvenes de la ciudad que las pagaban bien.

Y ella, que se entregó por amor, que había lavado su mancha en el calvario del sufrimiento, que conociera tan sólo una pasión, era señalada como la meretriz y la corruptora de vírgenes.

Por eso es que andaba á paso lento, tra-del burro, separada de todas, con la cabeza baja, contestando turbada el saludo de sus vecinos. En la tarde, cuando cesaba el movimiento en el mercado, procuraba volver el huerto antes ó después que los demás, de tal manera, que ó bien aparecía en la casa antes de la puesta del sol, ó bien de noche.

La señá Tomasa y otras habladoras de su calaña, decían al verla en la carretera oscurecida por las sombras:

—Ya su madre la deja salir á cualquiera hora. Hace bien, ¡nada tiene que perder!

Por su parte, las caritativas jamonas cuidaban de propalar todas las especies difa

matorias que en algo pretendían manchar el buen nombre de Rosario. Cuarentonas como eran, de carne blanducha y pechos nada turgentes, complacíanse en referir con lujo de pormenores las más rojas anécdotas, sintiendo á la vez vagos cosquilleos, anhelos voluptuosos; gozándose en vociferar de la hora ajena, por más que de buena gana mancillarían la propia, entregándose al primer carretero que pasara por el camino.

Y la pobre abandonada lo sabía todo, lo comprendía todo y callaba, con la cabeza baja, los soñadores y negros ojos perdidos en el vacío, enflaquecida, dedicada en absoluto á las faenas rudas de la tierra, sin una esperanza, sin una ilusión, con sonrisa amarga, pensando tristemente en el bebé que dormía allá, en el cementerio en que proyectaban sombra los verdinegros cipreses, que se alzaban enjutos, mortuorios, como espectros.

En su casa, la vida en nada había variado: la seña Juana, seria y dura como antaño, discurría por el huerto cual una sombra, sin hablarla nunca. Sólo el perro, el viejo perro negro, que lanzara la noche de su huída fatídico aullido, y el tío Gerónimo,

catgado de años, vacilante sobre sus piernas temblonas, le eran fieles y la miraban como si aun fuera la virgencita, la Rosario dulce y pura de otros años.

Cuando volvía al hogar por la noche, apenas trasponía el umbral, sentía en su cuello los brazos del viejo, que la atraían con efusión, y miraba al can, que, dando saltos de alegría, lamíala en las manos, en el rostro, meneando la cola.

—¿Qué tienes? ¿Estás contenta? ¿Hay novedad alguna?—preguntábala el anciano, invariablemente, al estrecharla contra su pecho.

Y ella respondía diario lo mismo:

—Nada, tío. Ya lo sabe usted, todo igual, igual siempre....

Aquella noche, una de mayo muy clara, con un cielo limpio tachonado de estrellas, con un aire que olía á flores, tibia, hermosa como las de primavera, Rosario arrojóse en brazos del anciano, convulsa, sollozando destrozada por el dolor y la rabia.

El buen hombre la miraba asombrado, interrogándola en vano, sin conseguir que levantara la cabeza y cesara de llorar.

Caían sobre sus manos las lágrimas de la muchacha, ardientes, que se desprendían de su rostro, una tras otra, incesantemente, como empujadas por la desesperación.

—¡Qué canallas son los hombres! ¡Tenerme á mí por una perdida!

—¡Cómo!—Y el viejo se estremeció.

A sus oídos, á menudo llegaban las habi-llas de las vecinas, y Bonifacio, el mocetón candoroso á pesar de sus veinte años, en diversas ocasiones habíale referido las char-las inmundas que se sostenían en la taber-na, delante de los vasos rebosantes y el hu-mo pestilente de los tabacos baratos, quan-do el nombre de Rosario venía á cuento.

—A ver Dime qué ha pasado,—murmuró.

Volvía de la ciudad, pensativa, siguiendo los pasos del burro. La noche, serena, con un cielo en donde refulgían los astros como ojos de mujeres amantes, no infundía en su ánimo el miedo, sino por el contrario, esa tranquilidad y dulce placidez que traen consigo las noches primaverales.

Por la carretera que se perdía á lo le-jos, en las lontananzas iluminadas por la

claridad lunar, caminaba bajo los árboles cuyas masas de negro follaje elevábanse á ambos lados, misteriosas, poblando el am-biente de susurros casi imperceptibles.

Acariciaban su pálido rostro, á intervalos, rachas de aire tibio y aromoso, y sola, sumi-da en la beatitud de la naturaleza que pare-cía dormir, encaminaba sus pasos al huerto.

La puerta débilmente alumbrada de la ta-berna, se destacó en las tinieblas: fué doloro-sa la impresión que la causara aquella luz indecisa, de amarillo pálido, que alumbraba el antro de la miseria huertana, y que pare-cía agonizar, estremecerse moribunda, ante el esplendor triunfante de la noche de ma-yo.

Por mera precaución, como lo hacía siem-pre, apresuró la marcha al aproximarse al establecimiento del tío Pedro, en donde se escuchaban disputas y gritos de borrachos, cantos de alcohólicos acompañados por una destemplada guitarra ó requiebros sucios de meretrices astrosas.

Cuando estuvo á diez pasos de distancia, percibióse de que en el establecimiento rei-naba casi el silencio, lo cual era muy raro,

puesto que á tal hora el rústico cantinero atendía á más parroquianos que en el resto del día: los campesinos, después de las faenas, nunca se olvidaban de darse una vuelta por la tienda del viejo, á fin de echar un palique, calentando el estómago vacío con algunos sorbos, y yendo en seguida á dormir en paz y gracia de Dios.

La chica, extrañada del caso, continuó su camino con más calma, poseída de súbita confianza. De pronto, un hombre salió de entre la maleza, dirigiéndose resueltamente á ella.

Intentó esquivar el encuentro; pero, en vano, porque él la seguía hasta lograr detenerla, con fingida tranquilidad.

Reconoció á Chano, que se tambaleaba, y que con voz aguardentosa y ojos brillantes, la dijo:

—Rosario.... ¿Quiere pasar á tomarse una copita?....

—Gracias; no bebo.

—Pero, ¿es que me desaira?

—No es desaire, pero.... no bebo,—repetió, experimentando cierta desconfianza al notar la insistencia del ebrio.

Hubo un instante de silencio, en que la moza trató de reanudar la marcha, sin conseguirlo, porque Chano, con la tenacidad propia de su estado, la cerraba el paso.

—Ande, vida mía, tomaremos un vinillo dulce que mucho le ha de gustar,—repuso, tratando de coger una de las manos de Rosario, la cual hubo de retirarla indignada, exclamando con energía:

—¡No! e he repetido que no.... Déjeme ir, pues de lo contrario....

Y le miraba con ira.

—¿Se atrevería á pegar á este hombre, que se derrite de amor por usted?

Y entonces, ya resuelto, brutal, dió un salto, estrechándola con ímpetu entre sus brazos.

La joven gritó, chilló, sollozó, pidiendo auxilio. Un grupo de bebedores apareció en la puerta, riendo locamente.

¡Diablo de Chano! ¡Vaya si era listo para conquistar á las *viudas*!

El, entretanto, la tapaba la boca con sus labios carnosos, que ardían, apretándola en fiero abrazo, impidiendo que la víctima, no

obstante sus desesperados esfuerzos, lograra escapar.

Los camaradas aplaudían.

A empujones, casi en brazos, la introdujo en el tabernucho, en donde el tío Pedro sonreía con sonrisa maliciosa de viejo zorro, más allá del mostrador, con el rostro iluminado de lleno por el mechero de petróleo.

Cuando llegó á uno de los rincones, la arrojó en el suelo con rabia, lanzando un alarido al recibir en uno de los brazos el mordisco tremendo de los diente-cillos blancos, blasfemando.

—¡Ah! cochina, cochina, no te escaparás!

Rosario se levantó de improviso, tratando de abrirse paso por entre la valla de curiosos que observaban con atención el divertido espectáculo. Ya iba á ganar la puerta, ante la sorpresa de los hombres que no osaban interceptarla el paso al ver su actitud resuelta, cuando Chano, dando un brinco de bestia hambrienta, la agarró por la cintura.

Fué una lucha feroz, desesperada, cuerpo á cuerpo: ella, desgrefñada, con las ropas hechas girones, poseída del odio, le escupía á la cara, le mordía, clavaba sus uñas de rosa

en la carne excitada, enroscábase á su cuerpo semejante á víbora, le abofeteaba en los abultados carrillos, tirábale de los pelos; él, trémulo de concupiscencia, con los ojos inyectados, el rostro rojo é hinchado, dilatada la nariz, las orejas carmíneas, los labios temblando de loco deseo, manando sangre de los araños, aprisionábala en sus robustos brazos.

Por fin, el macho venció: ambos rodaron por el suelo; sollozaba la moza: rugía de lascivia él.

Al ver que la deshonra iba á consumarse, pensó en su hijo, en su madre, en su viejo tío, en el huerto; y reuniendo las fuerzas que aun la restaban, en un supremo esfuerzo logró oprimir el cuello del violador, que se agitaba sobre ella, los cabellos en desorden, como el león presa del hambre sobre el cordero indefenso. Apretó, apretó mucho, hasta sentir que los brazos del sátiro la estrechaban menos.

Chano experimentó los primeros síntomas de la asfixia; mas no amainaba, con su genial terquedad. De pronto, se descargó sobre su nuca un puñetazo, se nublaron sus ojos, desvaneciósse.

Rosario se puso en pie, y á la sombría luz contempló á Bonifacio, que, erguido, con los ojos fulgurantes por la rabia, lanzaba un reto á los presentes.

—¡Canallas! ¡Indecentes! ¡Ver á una mujer indefensa, atacada por un bellaco y reirse!

Y todos le miraban con la sorpresa retratada en el semblante.

—¡Vamos con el valentón! ¡Nos insulta!

—¡Sí, malvados! Soy bruto de la cabeza y de las manos; y me gustaría que nos diéramos tres bofetadas allí, á la mitad del camino.....

Y salieron, seguidos por las miradas temerosas de los campesinos, que les dejaban paso libre.

Chano, sobre el pavimento, con la enmarañada testa entre las manos, permanecía inmóvil.

Ya en la carretera blanca, en donde se dibujaban indecisos, á un lado y otro, los nudosos troncos de los árboles, cuyas copas bañaba la luna, el chico recobró su timidez, intentando, á veces, calmar el llanto silencioso de ella.

Andaban pausadamente, uno junto al otro, siguiendo al jumento, que durante la ausencia de su ama, se había detenido. Dejaban atrás los huertos, que en ese instante parecían adormecidos por la tibieza de la noche primaveral, los bardales coronados de verdura, los muros ruinosos: la silueta de la casa de Rosario apareció á lo lejos.

Apresuraron el paso. Bonifacio tenía algo qué decir, y ésto se revelaba por la violencia de sus ademanes: volvíase á menudo hacia su compañera, rascábase la cabeza, sacaba y metía las manos en los bolsillos.

Cuando estuvieron ante la puerta, y ella le tendió la mano, con una mirada de agradecimiento en los ojos, el mocetón murmuró:

—Ya lo sabe usted, Rosario: si en algo puedo ayudarle.....

—Gracias, muchas gracias.....

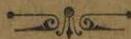
Y cerró la puerta.

El tío Gerónimo, al oír el relato, sentía que una inmensa amargura le ahogaba.

Mas nada podía hacer él, agobiado por el peso de los años, por el infortunio que se

cernía sobre aquel hogar, en donde arrastraban la cadena de la vida tres seres consumidos por la tristeza.

Y los dos, viejo y moza, avanzaron por la calleja húmeda, con el rostro inclinado, la cabeza baja, oprimido el pecho.



XIV

En casa, jamás la habían instado á que refriese el período de su vida pasado en unión de Julián.

La señá Juana, con su duro ceño y su voz áspera, no la perdonaba. — El viejo, que aun la quería como antes, hubo de procurar siempre no traer á colación ese asunto, temiendo, con razón, abrir de nuevo la herida que comenzaba á cicatrizar.

Empero, ella sufría con el recuerdo vivísimo de los dolores idos; á solas, sentía que su tormento se acrecía, y experimentaba el deseo de hacer partícipe á otro sér de

la memoria de aquella época, envuelt ya en las nieblas del tiempo, en que había perdido su juventud, sus pobres ilusiones, sus esperanzas.

Desde el acontecimiento de la taberna, volvía al huerto por la tarde, á las cinco, sin poder evitar, no obstante, el paso frente al tienducho, pletórico de bebedores, que á voz en cuello hacían alusiones á la aventura de Chano, el cual les oía desde su mesa, embrutecido, dando pequeños sorbos y escupiéndolo palabrotas en contra de Bonifacio, aquel falderillo infeliz que ni siquiera asomaba ya por ahí, por miedo á él, sí, nada más que por miedo á él.

Pero la chica proseguía su marcha con la frente alta, la mirada altiva, hasta entrar en casa, en donde tornaba á su actitud humilde de mujer manchada, ante la madre que, envejecida, mostraba la frente surcada de arrugas, y la cabellera negra en donde relucían, como hilos de plata, las primeras canas.

Tío y sobrina, pensativos, sentábanse sobre el arriate, bajo el naranjo, en el mismo sitio en donde el anciano, con cuentos de

brujas y de hadas, solía disipar de la mente de la niña las primeras penas, en los albores de su amor, cuando, con el pecho anhelante, el corazón estremecido por la pasión, suspiraba por la vuelta del novio.

Ante ellos, el crepúsculo lucía los esplendores de sus gasas: era una inmensa llama color de púrpura que, invadiendo el cielo azul pálido, teñía de leve rosa las extremidades de las nubecillas, que flotaban en la inmensidad del espacio, como pequeñas naves extraviadas en el mar.

La luz rojiza del ocaso, extendíase por la huerta, que parecía arder al contacto de sus rayos; doraba los copudos árboles; hacía brillar la pradera lozana; chocaba contra el cristal de las aguas.

Hablaban de cosas tristes, de las penalidades de los últimos días, de la suerte de ella.

Quería desahogar su pecho en el corazón del viejo, y murmuró de súbito.

—No se imagina usted lo que he sufrido. Los disgustos de hoy, en nada son comparables á los de entonces . . .

Y á continuación, sin que el tío Gerónimo se lo rogase, sus labios dieron paso á los recuerdos punzantes, sintiendo, á medida que hablaba, que el enorme peso que la torturara, disminuía lentamente.

.....

.....

En la aurora de su amor, fueron dichosos. Ella entregaba con placer los tesoros virginales de su cuerpo á Julián, el mozo robusto, de músculos potentes, cuyos anhelos voluptuosos se hallaban excitados por toda una vida de vagancia, pasada alegremente en la taberna ó tumbado sobre la yerba.

Huérfano desde niño, desconocía en absoluto los afectos, ignoraba las ternuras del amor humano. Predominaba en él la bestia sobre el espíritu: por lo tanto, más que el alma de Rosario, buena, resignada, amante, seducíanle sus curvas deliciosas, la amplitud de sus caderas, la robustez de sus pechos, el rojo de sus labios, las miradas profundas de sus ojos, lo sedoso de sus crenchas, bañadas en las puras linfas del río.

Con el escaso dinero que ella lograra reunir, emprendieron el viaje rumbo á León,

á pie en largos trechos, otras veces en carros desvencijados, de los cuales tiraban enflaquecidas mulas, las más en dóciles jumentos que caminaban bajo el sol con paso tardo.

Ya en la ciudad, un oscuro cuartucho de los arrabales sirvióles de morada; era pequeño, con una puerta medio derruida y una ventana baja, que comunicaban con el patio, extenso, sin empedrar, rodeado por una serie no interrumpida de habitaciones baratas, al frente de las cuales, sobre cajones de madera casi podrida, se hallaba un improvisado huerto de flores corrientes, plantadas en pedazos de cántaro, en trozos de vasijas.

Por medio del patio, corría un arroyo de agua sucia y fétida, con la superficie cubierta de turbias burbujas de jabón, que provenía del lavadero, en donde las vecinas hacían la limpieza de sus ropas pobrísimas,

Los inquilinos que ocupaban la casa, eran, en su totalidad, gente de la más baja esfera social: obreros embrutecidos en el atronar de las fábricas, artesanos que trabajaban á destajo, mujeres derrengadas en las más rudas faenas, mozas que en nada laboraban durante el día, y que por la noche, después de

apretarse el talle y teñir sus mejillas amarillentas de colorete, salían, arrastrando las faldas por el barro de las calles, en busca del amante de una hora.

En el rincón, extinguíase en una vida de miseria la familia de un zapatero, compuesta de la mujer, enfermiza, con la espalda doblegada por las palizas; de dos niños, varón y hembra, de doce años el primero y diez la segunda, y del marido, Rodrigo, remendón de oficio, ebrio hasta el escándalo, que mataba á fuerza de hambre á su prole, puesto que de los siete días de la semana solía trabajar tres, y la mayor parte de la ganancia empleábala en ahogarse con aguardiente.

Todas las noches volvía á casa borracho, y por arraigada costumbre, propinaba una docena de palos á Jacinta, su esposa, delante de los niños, que, habituados á la contemplación de aquel espectáculo, ni siquiera pestañeaban al ver á la madre, que con mansedumbre de bestia recibía los golpes del bruto.

Aparte de ésto, Rodrigo no armaba contienda más que con la portera, cada mes, cuando

do la pobre vieja iba á cobrarle el alquiler de la pieza.

No era justo que los hombres honrados engordaran á los ricachones ociosos. ¿Por qué le robaban el pan de sus hijos? ¿Por un tugurio miserable? ¿Qué perdieran cuidado: al cabo, se marcharía de aquella maldita casa antes de tres horas!

Y las famosas tres horas nunca pasaban: las borracheras, las palizas, los insultos, se sucedían con angustiosa regularidad. Y aquellas víctimas de la miseria humana, hundíanse más á cada instante en el pantano de la desdicha.

Ellos, sin embargo, eran extraños á las tristezas que asolaban el vetusto caserón: entregados á su amor, parecía que una venda les cubriera los ojos, y embriagados de felicidad, veían el paraíso en aquel cuarto, en donde, por las mañanas, un rayito de sol entraba á despertarles, sorprendiéndoles uno en brazos del otro.

Julián, embebido en los encantos del amor, no ponía un pie en la taberna desde que salieran de la huerta. A costa de súplicas, había conseguido empleo como peón en una obra cercana.

Se levantaba con el sol, marchando en seguida á su trabajo, después de recibir la caricia matinal de su mujercita, que le arreglaba la camisa, apretábale la faja, y se asustaba al encontrar una mancha que desluciera el bien modesto traje de su hombre.

El amante, con su rudeza labriega, pensaba todo el día en ella, y decía, encaramado en los andamios, cuando Rosario aparecía á lo lejos, con la canasta del almuerzo:

—¡Mi mujer! no saben ustedes lo que vale..... ¡Es plata pura!

A lo que los compañeros asentían con un movimiento de cabeza, mirando de reojo á la soberbia moza que, llamando á Julián, sentábase en cuclillas á la sombra del muro recién construído, y tendía sobre el suelo la nivea servilleta que cubría el cesto, del cual iba sacando, una á una, las cazuelas y pequeñas ollas en que guardaba el sabroso almuerzo.

Por la tarde, al anochecer, Julián regresaba á casa, y ambos, cogidos del brazo, salían á la calle.

Todo estaba en la penumbra á esa hora: en las esquinas, los serenos comenzaban á

encender los viejos faroles de petróleo pintados de verde; los obreros surgían de los talleres sombríos, con la frente inclinada, el cansancio pintado en el rostro, caminando estúpidamente por las banquetas enlosadas, y las iglesias dibujaban sus moles negruzcas en el cielo obscurecido, por donde vagaban las últimas radiaciones del crepúsculo: rayos de luz dorada ó de lila suave.

Daban el toque de oración, que se repetía de campanario en campanario, con sonido lúgubre, acreciendo la tristeza del anochecer, melancólico en los campos, siniestro en la ciudad.

Y los dos paseaban solos con su dicha, platicando de mil cosas, joviales, con la risa en los labios; deteniéndose en las plazuelas en donde había puestos de golosinas; extasiándose ante un montón de dulces, ante una cesta de frutas, ó al percibir el olor fuerte, incitante, de algún platillo popular bien condimentado.

Solían también visitar los jardines, que semejaban eriales á Rosario, comparados con la huerta, en donde la naturaleza, vigorosa y fecunda, lo invadía todo, no perdonando